

La arquitectura y la oración:

espacio, signo y orientación hacia Dios



POR **EMILIO DELGADO MARTOS** |
ARQUITECTO Y DOCTOR EN HUMANIDADES

En la tradición católica, la oración nunca ha sido entendida como un acto puramente interior, desencarnado o indiferente al mundo material. La oración brota del corazón, pero acontece en un ser humano que ora con su cuerpo, con su memoria, con su sensibilidad, su inteligencia y su pertenencia eclesial. Por eso mismo, la Iglesia

nunca ha considerado irrelevante el lugar en el que los fieles oran. Aunque el culto cristiano del Nuevo Testamento no queda ligado exclusivamente a un lugar sagrado, cuando los cristianos empezaron a gozar de libertad religiosa y comenzaron a construir edificios para el culto, estos no se concibieron como simples espacios de reunión, sino como

signos visibles de la Iglesia que habita en un lugar concreto y de la morada de Dios con los hombres reconciliados en Cristo. La iglesia-edificio no sustituye a la Iglesia-pueblo, pero la expresa sacramentalmente y la hace visible (CIC, nº 1180).

Desde esta perspectiva, la arquitectura no puede reducirse a una envolvente funcional de acciones litúrgicas previamente definidas. Tampoco puede concebirse como un mero soporte estético o escenográfico, añadido desde fuera al acto de orar. Su misión es más honda. Es ayudar a que el creyente entre en una disposición espiritual adecuada, es ordenar el cuerpo de la asamblea, es configurar una pedagogía de los sentidos, es custodiar el silencio, es manifestar la jerarquía sacramental de los lugares y también la conducción simbólica de la propia existencia hacia Dios. La tradición católica ha pensado siempre que la materia puede y debe ser asumida en la economía de la salvación. El Concilio Vaticano II recuerda que, en la liturgia y en los sacramentales, se promueve “el uso honesto de las cosas materiales” para que puedan ordenarse a la santificación humana y a la alabanza divina (SC, nº 61). Por este motivo, también la organización material del espacio cultural pertenece al horizonte de la mediación cristiana.

La orientación es una clave particularmente fecunda para comprender la relación entre arquitectura y oración. La tradición cristiana ha entendido la oración como un volverse hacia el Señor, simbolizado de modo eminente por el oriente (*ad orientem*), lugar del amanecer, figura de Cristo luz y signo de la espera escatológica. El valor de esta intuición excede la cuestión estrictamente ritual de una determinada posición celebrativa, remitiendo, más bien, a una verdad teológica más profunda. En este sentido, la oración cristiana es siempre para la persona un éxodo de sí, un descentramiento, una conversión y una tensión hacia la venida

del Señor. La arquitectura colabora con la oración cuando da forma visible a esa orientación fundamental.

Este ensayo sostiene que la arquitectura colabora con la oración católica en la medida en que actúa como una mediación simbólica y sacramental al servicio de la *lex orandi* de la Iglesia. Lo hace, ante todo, haciendo visible que el culto cristiano no es autorreferencial, sino teocéntrico. Después, la arquitectura opera configurando un orden espacial donde cada elemento —umbral, nave, altar, ambón, sede, baptisterio, tabernáculo, imágenes, luz, acústica y silencio— dispone al hombre para la alabanza, la escucha, la contemplación y la esperanza. La arquitectura sacra no produce por sí misma la gracia, pero sí puede favorecer o dificultar la concentración del orante. Tampoco reemplaza la oración, pero puede hacerla más inteligible, más eclesial y más plenamente humana.

1. La oración cristiana pide un espacio

Una primera precisión teológica resulta indispensable. La fe cristiana no identifica lo sagrado con una localización específica. El culto “en espíritu y en verdad” no está atado de manera exclusiva a un lugar concreto (CIC, nº 1179), porque el verdadero templo es Cristo resucitado y, en él, el pueblo de los bautizados se convierte en casa espiritual. Esta afirmación impide cualquier absolutización del edificio eclesial. Dios no queda contenido por la arquitectura, ni la oración auténtica se limita a lo que acontece en un templo. Sin embargo, de esa verdad no se sigue la indiferencia espacial. Precisamente porque la fe cristiana es encarnada, comunitaria y sacramental, necesita signos visibles y espacios concretos donde la Iglesia pueda reconocerse como convocada, donde la palabra sea proclamada, donde la eucaristía sea celebrada y donde la adoración y el silencio encuentren una forma objetiva (Aldazábal, 2003). La trascendencia de Dios no elimina la necesidad del lugar, sino que la purifica y la reordena. ■

En este punto, la arquitectura sagrada aparece como una respuesta eclesial a la condición corpórea del hombre. El ser humano no sólo piensa, sino que también habita; no sólo recuerda, sino que también recorre; no sólo escucha, sino que también mira, toca, se orienta, se arrodilla, se vuelve, se reúne o guarda silencio (Delgado-Martos, 2025). Por eso la elección de un lugar propicio no es indiferente para la oración verdadera. Esto supone que la iglesia es el lugar propio de la oración litúrgica de la comunidad parroquial, así como el lugar privilegiado para la adoración de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. La teología católica reconoce así que el espacio no es un accidente externo, sino una condición antropológica de la oración (CIC, nº 2691). El hombre necesita lugares que sostengan su atención, protejan su interioridad y eduquen su relación con el misterio.

“El hombre necesita lugares que sostengan su atención, protejan su interioridad y eduquen su relación con el misterio”

Por eso, cuando la Iglesia construye templos, no lo hace por un simple impulso monumental o identitario. Los construye “para el bien de las almas” y para que en ellos se ejerza el culto divino de forma adecuada (Guardini, 1918; CIC, nº 1205-1213). En la construcción y restauración de las iglesias, se

observan los principios de la liturgia y del arte sagrado, escuchando a expertos, y preservando en ellas una belleza y una limpieza conformes con la dignidad de la casa de Dios. Toda la legislación eclesial al respecto no pretende ser un añadido administrativo marginal, sino el deseo de expresar una convicción teológica. Si el espacio colabora realmente con la oración, entonces su configuración no puede quedar abandonada al gusto privado, a la improvisación o a la lógica de la eficiencia.

2. Arquitectura y sacramentalidad

La colaboración de la arquitectura con la oración sólo se entiende desde la visión sacramental del cristianismo. El núcleo de la fe católica es la encarnación, que significa que el Verbo se hizo carne y, al hacerse visible, inauguró una economía en la que lo sensible puede remitir verdaderamente a lo invisible. La tradición enseña que la imagen sagrada es posible precisamente porque el Hijo de Dios se ha hecho visible en la carne, y, desde entonces, la imagen y la palabra se iluminan mutuamente. Del mismo modo, el arte sagrado y los espacios litúrgicos no son un rodeo estético para suplir una supuesta pobreza espiritual, sino una consecuencia de la lógica de la encarnación. Si Dios ha querido llegar al hombre a través de signos sensibles, entonces la disposición sensible del espacio no puede ser teológicamente irrelevante (CIC, nº 1145).

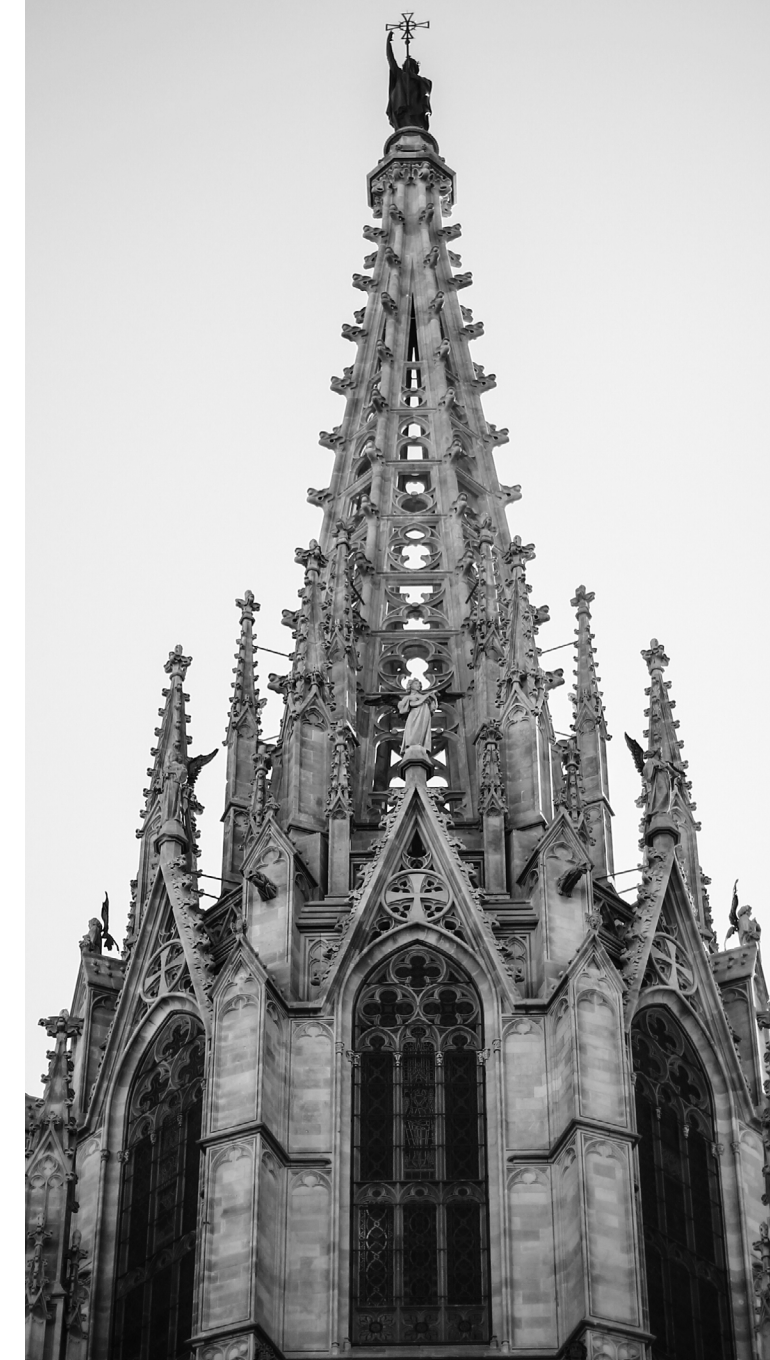
Sacrosanctum Concilium formula este punto con gran claridad. Por una parte, afirma que las bellas artes —y de modo eminente el arte sagrado— están ordenadas a la belleza infinita de Dios y que los objetos destinados al culto deben ser dignos, convenientes y bellos, como signos y símbolos del mundo sobrenatural. Por otra, la liturgia santifica casi todos los acontecimientos de la vida y ordena las cosas materiales a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios (SC, nº 7). En consecuencia, la arquitectura

sagrada participa de esta economía como una gran “forma material” puesta al servicio de la oración. No es sacramento en sentido estricto, pero sí comparte el estatuto de signo eclesial que dispone, orienta y educa. En ella, la materia deja de ser mero objeto para convertirse en mediación simbólica.

Esta perspectiva permite evitar dos errores opuestos. El primero sería un espiritualismo desencarnado que piensa que, como Dios mira el corazón, el espacio carece de importancia. El segundo sería una especie de esteticismo sacralizante que esperase de la belleza arquitectónica lo que sólo puede dar la gracia. La posición católica es más precisa y realista señalando que la arquitectura no salva, pero puede predisponer al encuentro con el Salvador. Tampoco induce a la oración como si de una máquina se tratase, pero puede favorecer la atención, acentuar la reverencia, facilitar la escucha y sublimar la adoración. El arte sagrado verdadero puede conducir a la adoración, a la oración y al amor de Dios. Su verdad no reside sólo en agradar, sino en llevar al orante más allá de sí mismo. De esta manera, la arquitectura colabora con la oración cuando no retiene la mirada en su propia exhibición, sino cuando se la entrega al misterio (CIC, nº 2500-2502).

“La arquitectura sagrada no produce por sí misma la gracia, pero sí puede favorecer o dificultar la concentración del orante”

Catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia. Barcelona



3. La orientación

La categoría de la orientación resulta central para comprender el vínculo entre la arquitectura y la oración. Rezar hacia oriente no significa atribuir a Dios una localización espacial, como si habitara físicamente en un punto cardinal. Volverse al oriente busca hacer consciente al alma de la necesidad de abrirse y convertirse a la realidad más alta, es decir, a Dios. El oriente es, ante todo, una dirección espiritual, es el lugar del amanecer, el símbolo de la luz verdadera, la figura del paraíso esperado y el signo de la venida de Cristo. Desde los inicios, la tradición cristiana ha leído esta orientación en clave simbólica y escatológica y, pese a la diversidad de manifestaciones culturales a lo largo de los siglos, la oración cristiana se ha descrito como una dirección común del cuerpo y del alma hacia el Señor.

Esta direccionalidad en la que se ve inmerso el orante subraya el significado escatológico de la iglesia, ya que entrar en la casa de Dios supone cruzar un umbral que simboliza el paso desde el mundo herido por el pecado al mundo de la vida nueva (Ratzinger, 2001). La iglesia visible, representando a través de la arquitectura y las artes un mundo transfigurado, se ofrece como símbolo de la casa del Padre hacia la cual peregrina el pueblo de Dios (Delgado-Martos, 2020). La oración, por tanto, no es simple introspección, sino una peregrinación orientada. En este sentido, la arquitectura colabora con la oración cuando hace perceptible una dirección, cuando evita que el espacio cultural se cierre sobre sí mismo como un círculo autorreferencial y cuando permite experimentar corporalmente que la liturgia es el camino hacia Dios. El eje longitudinal, la focalización del santuario, la presencia de la cruz y la relación entre entrada y altar pueden expresar esa dinámica de éxodo y de esperanza.

Conviene subrayar que la teología de la orientación no debe reducirse a un debate simplista sobre soluciones arquitectónicas únicas. La actual disciplina litúrgica de la Iglesia latina no identifica la validez teológica del culto con una única configuración ritual. La *Instrucción General del Misal Romano* regula la centralidad del altar, la dignidad del ambón, el lugar de la sede y la disposición del espacio en orden a la participación de los fieles, sin hacer depender toda la verdad litúrgica de una sola variable espacial (IGMR, nº 296-308). Por ello, el valor del oriente en clave teológica no obliga a una lectura reductiva, sino que invita a preguntarse si el espacio y la celebración manifiestan realmente que Dios es el centro. La colaboración arquitectónica con la oración consiste aquí en custodiar el carácter teocéntrico de la liturgia, sea cual sea la solución concreta adoptada.

“El espacio debe transparentar el misterio, y no distraer al orante mediante artificios”

4. El centro de la oración eucarística

Si la arquitectura litúrgica orienta, su principal foco es el altar. El altar de la Nueva Alianza es la cruz del Señor y sobre él, en el centro de la iglesia (*axis mundi*), se hace presente sacramentalmente el sacrificio pascual. El altar es también la mesa del Señor a la que es invitado el pueblo de Dios. Esta doble dimensión, sacrificial y de convite, impide las reducciones parciales. El altar no es un simple mueble funcional ni sólo

Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. México



una mesa para una reunión fraterna, sino que es el lugar donde la Iglesia es reunida por el sacrificio de Cristo y donde aprende a ofrecerse con él. La arquitectura colabora con la oración cuando hace que el altar sea realmente el centro visible y teológico del templo, no uno más entre diversos focos competitivos.

Esta insistencia en la centralidad se materializa en las iglesias de nueva construcción mediante la existencia de un solo altar, para significar el único Cristo y la única eucaristía de la Iglesia. La cruz debe estar sobre o cerca del altar, claramente visible para la asamblea, mientras que las flores y otros elementos decorativos han de disponerse con moderación, de manera que no obstaculicen la visión de lo que allí sucede. Todo esto expresa una lógica teológica muy precisa, que es que el espacio debe transparentar el misterio, y no distraer al orante mediante artificios. La arquitectura litúrgica no debe multiplicar centros visuales y, por lo tanto, debe contribuir a concentrar la atención. No convierte el santuario en un escaparate, sino en el umbral del sacrificio pascual. En ese sentido, la sobriedad no es pobreza expresiva, sino una estrategia para disciplinar la mirada.

La orientación hacia el oriente está unida a la cruz y al altar. Allí donde se sitúa el altar se concentra la dirección de la oración eucarística, pues es en ese lugar donde Cristo entrega su cuerpo y su sangre, reúne a su pueblo y abre la historia a su consumación final. Por eso, incluso cuando no sea posible una orientación física estricta hacia el este geográfico, la arquitectura puede y debe expresar un “oriente espiritual”, que supone un centro hacia el cual convergen la mirada, el movimiento y la unidad de la oración de la asamblea. Un templo que diluye el altar o lo integra como una pieza secundaria, debilita, en el plano simbólico, la narrativa misma de la oración eucarística.

5. La oración que escucha y la oración presidida

La oración católica no es sólo contemplación silenciosa ni sólo respuesta afectiva del creyente. Es también escucha de la palabra y acogida de una forma eclesial. De ahí la relevancia del ambón y de la sede. La dignidad de la palabra de Dios exige que la iglesia cuente con un lugar permanente y adecuado para su proclamación, hacia el cual se dirija naturalmente la atención de la asamblea (IGMR, nº 309). Por ende, el ambón debe expresar esa dignidad y el espacio debe enseñar que la oración cristiana no surge de la espontaneidad subjetiva, sino de una iniciativa divina, en la que Dios habla primero, la Iglesia lo escucha y después responde. Una arquitectura que no diferencie con claridad el lugar de la palabra empobrece la forma católica de la oración.

Del mismo modo, la sede del celebrante no tiene una función meramente práctica y debe expresar el oficio de presidir la asamblea y dirigir la oración, evitando toda apariencia de trono (IGMR, nº 310). En esto hay una enseñanza eclesiológica importante. La arquitectura colabora con la oración cuando hace visible que la liturgia no es la improvisación de un conjunto de individuos, sino la acción de Cristo y de la Iglesia. También cuando recuerda que quien preside no ocupa el centro como dueño del misterio, sino como ministro de una acción que le precede. El equilibrio espacial entre altar, ambón y sede ayuda a comprender el dinamismo interno del culto, en el que la Iglesia escucha la palabra, ofrece el sacrificio y es conducida en la plegaria por un ministerio ordenado que sirve, sin suplantar, la centralidad de Cristo.

6. El tabernáculo y la adoración de la liturgia

La arquitectura colabora con la oración no sólo durante la celebración de la misa, sino también en la adoración de la presencia

eucarística. El tabernáculo debe situarse en el lugar más digno, con el máximo honor, y su disposición debe favorecer la adoración ante el Señor realmente presente en el Santísimo Sacramento (IGMR, nº 314). La oración católica no se agota en el momento en el que la asamblea está reunida, sino que continúa en la adoración silenciosa, en la visita al Santísimo, en la permanencia de la presencia real que prolonga el misterio celebrado. Por eso, la ubicación del sagrario no es una cuestión decorativa, sino espiritual. Un lugar confuso, periférico o banal dificulta la pedagogía de la adoración.

“La oración, por tanto, no es simple introspección, sino una peregrinación orientada”

La Santa Sede ha subrayado además que conviene redescubrir el sentido de los elementos habituales de la iglesia — altar, ambón, tabernáculo, iconografía, vidrieras, entrada— porque lo visible ayuda a contemplar lo invisible (RS, nº 57-58). Esta afirmación resulta especialmente significativa para una teología de la arquitectura. El tabernáculo no es un “añadido devocional” posterior a la acción litúrgica, sino uno de los lugares donde el espacio eclesial subraya una determinada forma de presencia, de espera y de silencio. Allí la arquitectura enseña al cuerpo a detenerse, al ojo a concentrarse, a la rodilla a doblarse y a la mente a reconocer que la oración católica no es una mera autoexpresión religiosa, sino la respuesta a una presencia dada.



7. El baptisterio, el lugar de la reconciliación y la forma sacramental del itinerario orante

La iglesia no es sólo el lugar de la oración ya consumada, sino el espacio del itinerario vital cristiano. El espacio eclesial debe contar con un lugar para el bautismo y con una configuración que favorezca la memoria de las promesas bautismales. Además, ha de prestarse atención a la expresión de la penitencia y a la recepción del perdón, ubicando un lugar apropiado para los penitentes. Aquí la arquitectura no sólo alberga actos puntuales, sino que narra espacialmente el devenir de la existencia cristiana. El creyente entra por el bautismo, se reconcilia por la penitencia, escucha la palabra, participa en la eucaristía, adora y espera la plenitud futura. La oración católica es inseparable de este camino sacramental.

Cuando el espacio hace visible ese itinerario, ayuda a que la oración no sea

reducida a un sentimiento ocasional. El baptisterio recuerda que toda oración cristiana nace de una identidad filial recibida. El lugar de la reconciliación muestra que la oración incluye conversión, vergüenza sanada y regreso al Padre. El santuario manifiesta que la meta del camino es la comunión sacramental y la alabanza. Incluso la pila de agua bendita, al actualizar la memoria del bautismo en el gesto de entrar, recuerda que el cuerpo entero está implicado en la oración y que el acceso al templo no es neutro, sino una reentrada consciente en la vida nueva. La arquitectura colabora así con la oración porque inscribe en piedra, agua, recorrido y umbral la biografía sacramental del cristiano.

8. La pedagogía sensible de la contemplación

La arquitectura sagrada colabora con la oración también a través de la belleza. El

arte sagrado es verdadero y bello cuando su forma corresponde a su vocación propia. Dicha vocación pretende evocar y glorificar, mediante la fe y la adoración, el misterio trascendente de Dios. El arte sacro genuino conduce al hombre a la adoración, a la oración y al amor de Dios. No se trata, por tanto, de una belleza decorativa o lujosa sin más, sino de una belleza finalizada teológicamente. *Sacrosanctum Concilium* lo expresa con una fórmula clásica, señalando que la iglesia debe buscar la noble belleza antes que la mera suntuosidad (SC, nº 124). En este sentido, la arquitectura litúrgica no persigue impresionar por exceso, sino revelar por adecuación.

En este contexto, la luz tiene un lugar singular. En el desarrollo de la simbología por parte de la tradición cristiana, la luz es una colaboradora decisiva de la oración. Así, el amanecer evoca a Cristo y el oriente remite a la luz verdadera. La iglesia ha sido frecuentemente pensada como un espacio en el que la claridad natural o modulada no sólo hace visibles los objetos, sino que crea una atmósfera de revelación, de recogimiento y de espera. Cuando la luz está al servicio del altar, del ambón, de la cruz o del sagrario, no sólo mejora la visibilidad, sino que introduce una jerarquía en la atención del orante, haciendo sensible una prioridad espiritual y favoreciendo una contemplación concentrada en el misterio.

Algo semejante cabe decir de las imágenes sagradas de, principalmente, Cristo y la Virgen. En su contemplación, la imagen y la meditación de la palabra se iluminan mutuamente. Junto al canto litúrgico, se integran en la armonía de los signos para imprimir el misterio en el corazón de los fieles. Además, el Concilio Vaticano II pide mantener la práctica de colocar imágenes sagradas en las iglesias, en un número moderado y con un orden correcto (SC, nº 125). La arquitectura, por tanto, no debe presentar un discurso abstracto del vacío y de



Basílica de San Pablo
Extramuros. Roma

“Toda buena
arquitectura
litúrgica es una
gran pedagogía
de la conversión”

la imagen, sino discernir cómo las imágenes pueden insertarse en una composición que sirva a la contemplación, y no a la saturación o a la dispersión (Delgado-Martos, 2021). Su misión es hacer visible la comunión de los santos, pero sin competir con el centro cristológico y eucarístico del templo.

9. El silencio, la acústica y la disciplina de la interioridad

La colaboración de la arquitectura con la oración sería incompleta si se olvidara la cuestión del silencio. Una iglesia debe ser un espacio que invite al recogimiento y a la oración silenciosa, prolongando e interiorizando la gran oración de la liturgia

(IGMR, nº 45). En la oración contemplativa, el silencio es el símbolo del mundo futuro y del amor silencioso. También la enseñanza reciente de los pontífices ha insistido en que el silencio es necesario para la interiorización y la oración interior dentro del ritmo litúrgico. Estas afirmaciones tienen consecuencias arquitectónicas muy concretas. Un espacio saturado de estímulos, acústicamente confuso o incapaz de generar umbrales de quietud puede dificultar gravemente la disposición orante de la asamblea y de cada persona.

Por ello, la arquitectura sagrada no debe pensarse sólo en términos visuales. La acústica, el espesor de los muros, el grado de resonancia, la relación entre la palabra y

el canto, la existencia de zonas de transición entre exterior e interior, e incluso el modo de acceder al templo, forman parte de la pedagogía orante del espacio. El canto y la música son signos que expresan la oración, la unidad de la asamblea y la solemnidad de la celebración. Pero precisamente por eso resulta necesario que la arquitectura permita oír bien la palabra, sostener el canto sin estridencia y guardar silencios significativos sin sensación de vacío incómodo. El buen espacio litúrgico no es el que está siempre “ocupado” por sonido, sino el que hace posible una alternancia sabia entre la proclamación, el canto, la escucha y el silencio.

10. La comunión visible y la participación ordenada

La oración católica es personal, pero no individualista. En su forma litúrgica es oración del cuerpo de Cristo, es decir, de la Iglesia reunida. Por eso la arquitectura debe colaborar también con la comunión visible de la asamblea. Los lugares de los fieles se deben disponer atendiendo a que puedan participar visual y espiritualmente de modo adecuado, adoptar las posturas requeridas y acercarse con facilidad a la comunión. Igualmente, señala que deben poder ver y oír bien a los ministros y lectores (IGMR, nº 29-45). *Sacrosanctum Concilium* insiste en que las iglesias sean aptas para la celebración litúrgica y para la participación de los fieles (SC, nº 14). Dicha participación implica la inserción real de toda la persona y de toda la comunidad en la acción de Cristo.

Aquí aparece una tensión fecunda. La arquitectura debe favorecer la participación sin diluir la alteridad del misterio. Cuando la forma espacial ya no expresa con claridad la común dirección hacia Dios puede suponer un riesgo que puede provenir de una comunidad cerrada sobre sí misma. Por este motivo, una asamblea verdaderamente eclesial no es un círculo autocelebrativo, sino un pueblo

convocado y orientado hacia el Señor. La buena arquitectura litúrgica será, por tanto, aquella que haga visible la comunión sin convertir la comunidad en su propio centro.

11. La iglesia como figura de la existencia cristiana

Uno de los rasgos más profundos del espacio cristiano es su carácter procesional. Entrar en la casa de Dios supone atravesar un umbral, cuyo recorrido simboliza el tránsito desde el mundo herido por el pecado hacia la vida nueva. Esta observación contiene una auténtica teología que queda impresa en la arquitectura (Delgado-Martos, 2018). El templo cristiano no es un volumen homogéneo donde todo acontece en un mismo plano, sino que es una secuencia de acceso, aproximación, ascenso, concentración y envío. Incluso cuando el diseño es sobrio, la estructura espacial puede hacer perceptible que el cristiano no “ocupa” simplemente un lugar, sino que es introducido en una peregrinación interior y eclesial (Eliade, 1958). La oración, en este contexto, no es una mera detención de la actividad, sino que es movimiento transformado en disponibilidad.

El carácter procesional del espacio se verifica de muchas maneras. En la relación entre el atrio y la nave, entre la nave y el santuario, entre la asamblea y el altar, entre el camino bautismal y la mesa eucarística, entre el templo presente y la ciudad futura. De ahí que la arquitectura colabore con la oración cuando hace sentir que la liturgia es camino, cuando dispone secuencias y transiciones, cuando reserva culminaciones y concentra la tensión en un fin. También aquí resuena el simbolismo del oriente, ya que orar es ponerse en camino hacia el Señor que viene. La iglesia visible se convierte así en una figura de la historia de la salvación y de la historia personal del creyente (*homo viator*). En la iglesia se entra consciente de la propia mundanidad, se escucha la palabra, se ofrece la vida, se adora

la presencia, se recibe el don y se sale enviado para proclamar lo vivido. El espacio, por lo tanto, no sólo contiene esa historia, sino que a la vez la narra (Delgado-Martos, 2025).

12. Belleza y verdad frente a funcionalismo

“ *La arquitectura se vuelve entonces una forma de ascesis de la mirada*”

y espectáculo

En la cultura contemporánea, la arquitectura religiosa suele quedar atrapada entre dos tentaciones. La primera es el funcionalismo, que es concebir el templo como una sala eficiente para reunir personas y realizar actividades. La segunda es el espectáculo, que es convertir el espacio sagrado en un objeto de consumo estético o en un gesto icónico desligado de la vida litúrgica. La tradición católica se opone a ambas reducciones. *Sacrosanctum Concilium* pide que los edificios sean adecuados para la liturgia y la participación, pero también que todo lo destinado al culto sea digno, bello y signo del mundo sobrenatural (SC, nº 122). La adecuación funcional es necesaria, pero insuficiente, y la calidad formal sólo es plenamente cristiana cuando queda subordinada al misterio celebrado.

El ejemplo de la Sagrada Familia, tal como fue interpretado por Benedicto XVI en su dedicación, resulta aquí iluminador. El Papa presentó esa obra como un testimonio de que Dios es la verdadera medida del hombre y de que la autenticidad creativa consiste en volver al propio origen, que es Dios (Benedicto XVI, 2010). No se trata simplemente de elogiar una obra maestra, sino de afirmar un

Templo Expiatorio de la
Sagrada Familia. Barcelona



principio claro, que la arquitectura sagrada alcanza su verdad cuando remite al Creador y conduce al hombre a reconocerse desde Dios. Desde esta perspectiva, colaborar con la oración no significa sólo ofrecer comodidad o solemnidad, sino ayudar a reordenar el deseo humano, a sacarlo del encierro de lo utilitario y a abrirlo a una medida mayor. La arquitectura se vuelve entonces una forma de ascesis de la mirada.

13. La arquitectura como teología construida

Puede afirmarse, en suma, que la arquitectura sagrada es una forma de teología construida. No porque sustituya al discurso teológico, sino porque lo encarna en un orden visible y habitable. En la “casa de Dios” la verdad y la armonía de los signos deben manifestar a Cristo presente y actuante. Esto significa que la iglesia edifica una inteligencia del misterio incluso antes de que el creyente formule conceptos. Desde un punto de vista mistagógico, el espacio enseña dónde mirar, cómo escuchar, cuándo callar, cómo reunirse, qué significa avanzar, dónde se concentra la presencia y hacia dónde camina el pueblo. La arquitectura colabora con la oración precisamente porque da a la fe una forma sensible compartida, y la convierte en un mundo habitable.

Aquí se entiende mejor por qué la Iglesia no ha adoptado un único estilo artístico, pero sí ha mantenido criterios permanentes. El Concilio Vaticano II admite estilos diversos, siempre que sirvan con reverencia y honor a los edificios sagrados y a los ritos (SC, nº 123). Al mismo tiempo, reserva a la autoridad eclesial el discernimiento sobre la adecuación de las obras a la fe, la piedad y el verdadero sentido religioso. Lo decisivo no es la repetición arqueológica de formas antiguas, sino la fidelidad de la arquitectura a su vocación teológica. Cada época puede hablar con su propio lenguaje, pero debe hacerlo de tal modo que el espacio siga

siendo orientador, simbólico, bello, digno y ordenado al culto. La arquitectura colabora con la oración no por pertenecer a un estilo determinado, sino por permanecer obediente a la forma católica del misterio.

Conclusión

La pregunta por cómo la arquitectura colabora con la oración católica conduce, en último término, al corazón mismo de la teología litúrgica. La oración cristiana no es un acto puramente interior ni una emoción espontánea separada del cuerpo, de la comunidad y de los signos. Es una respuesta filial al Dios que llama, es la escucha de una palabra, es una ofrenda unida al sacrificio de Cristo, es la adoración de una presencia, es la anticipación de la Jerusalén celeste y la peregrinación de un pueblo convocado. Por eso necesita un espacio que no sea neutral, sino veraz; un lugar no autorreferencial, sino orientado; un sitio no meramente útil, sino capaz de disponer de un significado. La iglesia-edificio colabora con la oración cuando manifiesta la Iglesia-esposa, cuando hace del altar el centro, del ambón un lugar de escucha, del tabernáculo un foco de adoración, del umbral una pedagogía del paso, de la luz una insinuación de la gloria, del silencio una escuela de interioridad y de la belleza una transparencia del misterio.

La arquitectura sagrada colabora con la oración cuando ayuda a “volverse hacia el Señor”, cuando descentra al hombre de sí mismo, cuando evita que la comunidad se encierre en su propia imagen, y cuando dispone el cuerpo y el alma para recibir a aquel que viene. En el fondo, toda buena arquitectura litúrgica es una gran pedagogía de la conversión. No fabrica la oración, pero la orienta; no reemplaza la gracia, pero prepara su acogida; no contiene a Dios, pero abre un mundo donde la Iglesia puede reconocer su presencia y esperar su plenitud. Por eso, desde la perspectiva teológica, construir y

ordenar un templo no es una tarea secundaria respecto a la oración de la Iglesia, sino que es una forma concreta y exigente de servirla.

CIC: *Catecismo de la Iglesia Católica*.

CDC: *Código de Derecho Canónico*.

IGMR: *Instrucción General del Misal Romano*.

RS: *Redemptionis Sacramentum*, 2004.

SC: *Sacrosanctum Concilium*, 1963.

Bibliografía

Aldazábal, José. *Gestos y símbolos*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2003.

Benedicto XVI. *Consagración de la iglesia de la Sagrada Familia y del altar. Homilía del Santo Padre Benedicto XVI*. Barcelona, 7 de noviembre de 2010.

Delgado-Martos, Emilio. Complejidad y contradicción en la representación del sufrimiento en el espacio litúrgico mediante la arquitectura. Una aproximación a través de Raniero Cantalamessa. En: *Diálogo entre las ciencias, la filosofía y la teología*. Madrid: Editorial UFV, 149-162, 2018.

Delgado-Martos, Emilio. El espacio expectante. Un acercamiento al espacio litúrgico como lugar de presencia y encuentro. *Scripta Theologica* 52(3), 587-613, 2020.

Delgado-Martos, Emilio. El vacío en el templo como paradigma de una cosmovisión. *Analysis. Claves del Pensamiento Contemporáneo* 29, 31-40, 2021.

Delgado-Martos, Emilio. *¿Qué es arquitectura?* Madrid: Editorial UFV, 2025.

Delgado-Martos, Emilio. Arquitectura, narración y relato. En: *El espacio habitado. Arquitectura y narrativa*. Madrid: Sindéresis, 2025.

Eliade, Mircea. *Das Heilige und das Profane. Von Wesen des Religiösen*. Hamburg: Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1958.

Guardini, Romano. *Vom Geist der Liturgie*. Freiburg: Herder Verlag, 1918.

Ratzinger, Joseph. *Einführung in den Geist der Liturgie*. Freiburg: Herder Verlag, 2000.